

# EL DIALOGO Y ALE

**S**E ha establecido ya el principio de la posibilidad de un diálogo entre las dos Alemanias. La idea y las peripecias por que está atravesando revisten un interés general. Sobrepasan los límites del problema estrictamente alemán y se inscriben en esta corriente propia de nuestros días que es la tendencia al diálogo, a la confrontación de las ideas y de los hechos; al deseo de mover los puntos fijos de la política por medio de los contactos humanos. La corriente es, puede decirse, universal. Abarca desde los grandes sistemas globales opuestos —diálogo del Papa con Gromyko, con el Arzobispo de Canterbury, con el Patriarca de la Iglesia Ortodoxa— al interior de los grandes bloques —visita de Brejnev a Rumania, donde parece discutirse el principio de la «dirección central» de los partidos comunistas del mundo— y a la política doméstica de numerosos países en los que se está advirtiendo un abandono de los «hombres fundamentales» por un regreso a sistemas de mayor discusión interior —caída de N'Krumah, pérdida de poder de Sukarno, por ejemplo—. Puede decirse que en la mayor parte de estos casos la tendencia se ejerce en un sentido de abajo a arriba; desde la oposición, desde las bases, hacia los poderes. Entiendo ahora por poderes algo ajeno a los términos usuales de izquierda o de derecha; entiendo las fuerzas que ejercen el poder dentro de cualquiera de los países, de los bloques o de las ideologías, que lo han ocupado como consecuencia del triunfo de sus propios principios y que han convertido esos principios en puntos fijos de la política. En ese sentido puede decirse que todos los poderes son conservadores —aunque se definan como revolucionarios y su conquista del poder se haya hecho como consecuencia de un programa revolucionario en su tiempo— y que todas las oposiciones son revolucionarias, aunque partan de una base ideológica conservadora. Los poderes, así definidos, aunque acepten el principio del diálogo, tenderán a conservarlo dentro de unos límites, de forma que sus principios queden intactos y que la oscilación de los puntos fijos sea lo más lenta posible. Parece que es su misión. Todo el progreso de la humanidad está así hecho: de una fuente de tendencia hacia adelante y de una moderación que da a esa tendencia su ritmo posible en el tiempo y en el espacio.

**E**n el caso de Alemania —repugna un poco escribir las «dos Alemanias»; repugna un poco aceptar el hecho de la partición de un país con derecho a ser unitario— el episodio del propuesto diálogo ofrece una gran interés porque se trata de

una de las situaciones-límite del mundo. En los tres casos de participación nacional que subsisten desde la guerra fría, Alemania ocupa un lugar intermedio. El que ofrece el perfil más dramático es, evidentemente, el del Vietnam donde la angustia por la partición ha conducido a una guerra mayor que afecta al mundo entero. El que, por el momento, parece más calmado es el de Corea. (Hubo un cuarto caso, el de Austria; se resolvió gracias a una hábil política democrática de los austriacos que mediante el ejercicio de un neutralismo democrático muy positivo, consiguieron arrancar de sus ocupantes las condiciones para el restablecimiento de la unidad nacional.) En Alemania las condiciones en que se efectuó la partición —ejércitos invasores, ocupación prolongada, adscripción de cada parte a uno de los bloques sin ningún matiz— ha creado un condicionamiento psicológico y político de los dirigentes de cada zona, y hasta de sus habitantes, que en los veinte años transcurridos ha desarraigado mucho de sus denominadores comunes de nacionalidad. En cada parte, la historia no se ha detenido, y en cada parte ha caminado en un sentido opuesto a la otra. Esto ocurre en un país donde el concepto de nacionalidad es relativamente reciente con respecto a otros países europeos —puede decirse que hasta la constitución de Bismarck, en 1871, la unificación de los distintos estados alemanes no se había realizado— y donde el concepto de nacionalismo y de pangermanismo, al aparecer con retraso, había dado lugar a una inflación patológica como la que representó el nazismo —uno de los casos en que el poder no actuó como moderador, sino como alentador, rompiendo el tempo de la historia y precipitando el país a la catástrofe— con lo cual los alemanes de hoy son seres sedientos de una reconstrucción nacional. Trágicamente, esta sed está permitiendo que en algunos puntos de la Alemania occidental reaparezcan brotes nazis, como ha ocurrido en Ludwigsburg, con motivo del entierro del antiguo lugarteniente de Hitler, «Sepp» Dietrich (véase la impresionante información gráfica de «Paris Match» núm. 891) o como el entusiasmo que se produce con la exhibición de la película «Kolberg», realizada por decisión de Goebbels en 1945, prohibida por los aliados inmediatamente, y exhumada, ahora, como un canto al patriotismo y al valor militar de los alemanes. Estos brotes nazis proceden del sentimiento de frustración del país, de la nostalgia de la «Gran Alemania» y, muy notablemente, del hecho de su «posibilismo»; es decir, de la conciencia que tienen sus sostenedores de que una acentuación de las dificultades de entendi-

miento entre Estados Unidos y la URSS les sacaría de nuevo a primer plano como únicos capaces de galvanizar la nación para enfrentarla con una nueva guerra de la que, por fin, saldrían vencedores... Para muchos de estos antiguos y nuevos nazis, la II Guerra Mundial no ha terminado, y sólo terminará con el enfrentamiento de las naciones occidentales y la URSS. Oficialmente podría decirse que tienen razón: oficialmente, la guerra no ha terminado, puesto que no se han firmado los tratados de paz, y si bien las potencias occidentales firmaron unilateralmente un acuerdo reconociendo la soberanía de Alemania occidental sobre su territorio (1955), los aliados de la guerra no han firmado todavía un tratado de paz con el pueblo alemán considerado como un todo.

**E**N estas circunstancias, mientras el deseo de reunificación es una constante de todo el pueblo alemán, los condicionamientos ejercidos durante veinte años han distanciado enormemente los habitantes de cada una de las dos partes del país, se ha producido la idea del diálogo entre las dos organizaciones políticas. La idea, latente desde hace tiempo, tomó cierta forma en unas ofertas de cooperación hechas por Ulbricht —de la República Democrática— a las que respondió Willy Brandt, presidente del partido socialdemócrata de la República Federal, en un sentido favorable. Sobre este primer entendimiento vino después una respuesta concreta del S. E. D. —el partido socialista unificado, o comunista, en el poder en la República Democrática—, consistente en la celebración de dos reuniones políticas públicas en las que los oradores de cada partido entrasen en controversia con el rival. Una reunión en cada zona, con libertad total de expresión, en presencia de la prensa, de la radio y de la televisión. Hay que añadir que los dos partidos son en sí víctimas de la división: en un tiempo tuvieron un tronco común, la misma socialdemocracia de los años veinte, de la que surgieron las ligas espartaquistas que más tarde producirían el partido comunista alemán. Willy Brandt ha aceptado el principio de las dos reuniones. Con ciertas reservas. «Nuestra opinión con respecto a la S. E. D. —dice— no ha cambiado». Trata de dar a las reuniones un carácter constructivo: «Nuestros oradores hablarán de los problemas fundamentales de la política alemana, es decir, principalmente de aquello que puede hacerse para mejorar la suerte de los habitantes de la Alemania dividida». Inmediatamente de establecido este principio, las dificultades comenzaron.

# MANIA

por E. HARO TECGLÉN

Las reuniones debían celebrarse durante este mes de mayo. Han sido ya aplazadas, y ahora se habla del mes de junio.

**L**AS dificultades sobrepasan el nivel de los dos partidos políticos comprometidos y se encuentran en la esfera de los poderes. Las autoridades políticas de Berlín-Este temen «la aparición sobre la tribuna del estadio Karl Marx de Willy Brandt, cuya "telegenia" y cuyas cualidades de tribuno popular son indiscutibles», escribe «Le Monde». «Puede causar sensación y relegar ante un auditorio un poco cansado de sus argumentos, a las autoridades de Berlín-Este». Por parte de la República Federal, el problema, el obstáculo principal, lo ha opuesto Erhard y su partido en el poder, la democracia cristiana. No es solamente que tema la llegada de oradores intelectuales comunistas; es, principalmente, que teme el éxito que este diálogo puede suponer para el partido rival, la social democracia, y muy especialmente para su enemigo político Willy Brandt. Por otra parte, aceptar la presencia de funcionarios políticos de Alemania del Este en un acto público, ¿no supone un reconocimiento de la existencia de la República Democrática? Toda la política interior y exterior de Alemania Federal gira en torno a esta negativa de reconocimiento. ¿Cómo podrá seguir protestando por los viajes de alemanes del Este con carácter oficial a otros países si él mismo los admite en el suyo? Pero tampoco le parece fácil oponerse. Sabe el enorme impacto que ha hecho en la opinión pública el anuncio del diálogo, y el verdadero deseo que hay en su país de que se celebren estas reuniones y que se amplíe el diálogo. En este dilema ha suscitado un problema de orden jurídico. En Alemania Federal el partido comunista está fuera de la ley; como el gobierno de Bonn no admite más que una Alemania —es decir, como si todo el territorio estuviese bajo su mando, aunque una parte en manos de una potencia extranjera— la aparición de estos emisarios comunistas supondría su detención inmediata. Más aún: El gobierno federal les considera reos de delitos de sangre: les hace culpables de las muertes de alemanes en el muro de Berlín. El 9 de mayo se celebró una reunión con representantes de los tres partidos occidentales —democracia cristiana, social democracia y liberales— presidida por Erhard, y se llegó a un acuerdo: para que



Willy Brandt respondió favorablemente a la oferta de Walter Ulbricht de establecer una serie de contactos políticos entre las dos Alemanias. En la foto, Brandt hablando en un mitin el día Primero de Mayo.

las reuniones fueran posibles, el gobierno de Bonn estará dispuesto a dar unos salvoconductos especiales y un «indulto» temporal a los oradores de Berlín-Este. ¿Problema resuelto? De ningún modo. La República Democrática entiende que aceptar estos documentos supondría reconocer el derecho de la República Federal a perseguir a los comunistas, su pretensión de legislar para todo el país y la admisión de delito en el caso de los muertos del muro. De forma que las negociaciones deben comenzar de nuevo. Esta elevación de obstáculos sirve para que cada uno de los poderes, así enfrentados, acuse al otro de rehuir el diálogo libre...

**P**ERO la base, la opinión pública, la oposición, sigue presionando. La presión se ejerce ahora desde los sindicatos. Es interesante, también, la revalorización de los sindicatos en el mundo, como reacción contra el inmovilismo, contra el exceso de moderación de los poderes. El sindicalismo africano, el sindicalismo árabe no son los únicos ejemplos. El sindicalismo francés está cobrando una nueva fuerza ante la despolitización del poder. En este caso los sindicatos de las dos Alemanias están actuando. La central sindical del Este ha propuesto a la Federación de Sindicatos del Oeste la celebración de conversaciones mutuas. Esta Federación del Oeste —a la que se acaban de sumar los mineros católicos, que han abandonado en masa los sindicatos cristianos a los que consideraban demasiado ligados al partido en el poder— no aparece todavía como opuesta a esta apertura. En el momento en que escribo se está celebrando un congreso en el Berlín-Oeste, y en ese congreso se está asistiendo a una dura lucha

entre la tendencia marxista (socialista) y la reformista (moderados). La celebración de reuniones con los sindicalistas del Este forma parte de la lucha. Al margen de este problema, se presenta otro que puede tener una grave incidencia sobre el gobierno de Bonn: la reclamación de que termine el estado de excepción «que limita los derechos fundamentales en la democracia y, sobre todo, los derechos de reunión, de coalición y de huelga de los asalariados, y amenaza su organización sindical», según dice la moción presentada por los sindicatos metalúrgicos (dos millones de afiliados). La popularidad de esta moción puede dar el triunfo a la tendencia marxista. Lo cual no garantiza que esta tendencia marxista sea la más dispuesta a entrar en negociaciones con los comunistas de Alemania del Este...

**S**i se llegan a celebrar estas discusiones públicas entre oradores, estos contactos entre sindicatos, ¿qué resultado darán? Ninguno espectacular. Los problemas de reunificación de Alemania son problemas históricos que sobrepasan la capacidad de los dirigentes alemanes y están inscritos en un juego mayor, en el juego de la política mundial. Los alemanes no son causantes, sino víctimas de su partición. Pero pueden comenzar a limarse muchas hostilidades, pueden comenzar a disiparse los condicionamientos históricos, y ese sería un paso importante hacia un futuro mejor. La existencia de una Alemania partida es un problema para el mundo y muy concretamente para Europa. Pero la reunificación sólo puede hacerse sobre bases justas, con el acuerdo de todos los alemanes. Si no, el peligro sería aún mayor.